

501. No es contrario al mandamiento divino el juramento; pero si adquirimos la costumbres de jurar, incurriremos en crimen de perjurio. Por tanto nunca jamás jure quien tiene miedo de perjurar. (Causa 22, q. 4 a Grat).

502. Muchos, mientras hablan, se recrean en jurar siempre, siendo así que en la boca debía andar sólo esto: *sí, sí; no, no* (Math. 5, 37). *Porque lo que pasa de esto de mal principio proviene.*

503. Muchos con el fin de engañar perjurian: pretenden acreditar su palabra por la fe del juramento; y así mintiendo y engañando mientras juran, engañan al hombre incauto.

504. Algunas veces somos también engañados por fingidas lágrimas, y porque lloran se da crédito a quienes no debía darse crédito.

505. Muchas veces disponemos hablar sin juramento; pero por la incredulidad de los que no creen lo que decimos, nos vemos precisados a jurar, y por esta tal precisión de jurar adquierese costumbre.

506. Hay muchos que son tardos en dar créditos, que no se mueven a creer la palabra. Pero quienes obligan a jurar a los que les hablan, pecan gravemente.

507. Sea cual fuere el artificio de palabras con que uno jura, Dios que es testigo de la conciencia conoce y así lo acepta tal cual lo entiende aquel a quien se jura. Pero es doblemente reo quien no sólo toma el nombre de Dios en vano, sino que también caza con dolo al prójimo (Causa 22, q. 5 a Grat.)

508. No se debe observar el juramento promisorio de cosa mala hecho incautamente, por ejemplo: si alguien prometiese a una adultera permanecer con ella perpetuamente. Porque más tolerable es no cumplir el juramento, que permanecer en el crimen de estupro. (Causa 22, q. 5 a Grat.)

509. El jurar de Dios es aquella providencia por la que determinó no arrancar sus mandatos. El arrepentimiento en Dios es la mudanza de las cosas, como el no arrepentirse es no revocar lo estatuido, tal como aquello (Ps. 109, 4): *Juró el Señor, y no se arrepentirá*, esto es, lo que juró no lo mudará.

CAPITULO XXXII

De los vicios

510. El hombre que se aparta de Dios es al punto entregado en poder de los vicios, para que al experimentar los vicios contrarios, se arrepienta, volviendo al puesto de que ha caído.

511. Pues los santos trabajan con todo esmero en vencer los vicios y no los extinguen, ¿qué hacen los que no sólo no aborrecen los vicios, antes los siguen con todo apasionamiento?

512. Con bastante delicadeza se trata quien pretende vencer los vicios sin trabajo, cuando la inclinación o ley del pecado, que se impuso al estar sirviendo a los vicios, no es posible cortarla sin violencia dolorosa.

513. Perfectamente renuncia a un vicio quien evita la ocasión de perpetrar el pecado. Porque si sólo quieres no pecar, y puesta la ocasión pecares, para ti eres ya reo, ya juez: porque condenas lo cometido y cometes lo condenado. Mas el reo es su juez si los vicios los acusa y los perpetra.

514. Algunos vicios, como no se eviten perfectamente, hacen que sus hacedores vuelvan a reincidir en los mismos. De modo que si un vicio se evita diligentemente y los otros se descuidan, resulta vano el trabajo. Porque no se puede perseverar en la observancia de una virtud cuyos vicios contrarios dominan en el corazón.

515. Algunas veces los vicios persiguen al hombre, a saber: quien antes se los hizo socios por quererlos, después los experimenta agujoneadores sin querer.

516. Algunos no caen en el error de los vicios antes que hayan perdido los ojos internos de la razón; como sucedió a Sansón, que no estuvo atado a la máquina por los Filisteos antes, sino después que le hubieron sido arrancados los ojos.

517. Otros teniendo vigorosa la razón son vencidos por el asalto de los vicios y así después pierden la intención de las obras buenas. Como hizo el Rey de Babilonia, quien primero mató los hijos de Sedecías en presencia de éste, y después le sacó los ojos, y de este modo en algunos piérdese aun la razón después de los hábitos de las malas obras y de la muerte de las buenas.

CAPITULO XXXIII

Los vicios nacen de los vicios y las virtudes nacen de las virtudes

518. De tal manera se originan los pecados del pecado, que no evitando los pequeños se cae en los mayores: y defendiendo los cometidos, y no llorándolos, se camina del crimen a la soberbia. De donde resulta que es reo de doble pecado quien admite voluntariamente los crímenes y los defiende por el tumor de la contumacia.

519. De un vicio nace un vicio, como de una virtud otra virtud. Porque de un vicio nace otro vicio, como se vio en David, quien al no evitar el adulterio, también perpetró homicidio.

520. Así también una virtud nace de una virtud, como por la virtud de la predicación del Evangelio merecieron los Apóstoles la virtud y fortaleza del martirio.

521. En el corazón de quienes viven mundanamente los vicios sucedense juntamente, de modo que al marchar uno le sucede otro, conforme a la palabra de Joel, 1, 4, que dice: *Lo que dejó la oruga se lo comió la langosta, y lo que dejó la langosta se lo comió el pulgón, y lo que dejó el pulgón, se lo comió el añublo.* Por tantos los vicios representan bajo la alegoría de estas calamidades, puesto que sigue: *Despertad, oh ebrios, y llorad.*

522. Alguna vez útilmente se cae en los vicios menores para evitar mejor los mayores. Lee al Apóstol Pablo cuando permite unos pecados menores para que no se perpetren mayores. Pero en verdad se curan los vicios que son excluidos por las virtudes, no por los vicios. Sigue empero que los vicios ocultos de algunos entonces se descubren, cuando dejan el puesto a otros vicios.

CAPITULO XXXIV

Del mal empleo de las virtudes

523. Alguna vez también el usar mal las virtudes engendra vicios. Sigue esto por el desmesurado apetito del ánimo, al cual no le es bastante el don que obtuvo, sino que ha de buscar además alabanzas o lucros condenables.

524. Otras veces las virtudes engendran vicios, cuando a su tiempo y sazón debidos no se divierten, viniendo a suceder que en lugar congruo son virtudes las que en el inconveniente se tienen por vicios. Por ejemplo: si por celebrar la llegada de un hermano, no se levanta el ayuno acostumbrado.

525. A discernir las virtudes aprende del Apóstol Pablo, quien en su día practicó lo que prohibió terminantemente que se hiciera.

526. Asimismo hay virtudes, que de no regularse por la discreción, pasan a ser vicios. Pues muchas veces la justicia, que se excede de su justo módulo, origina cruel venganza; la demasiada compasión disuelve la disciplina; el excesivo celo, cuando pasa de la prudencia, llega a ser vicio de ira; la desmedida mansedumbre engendra la perezosa inacción.

527. Más la discreción del varón prudente mira con solicitud para no practicar destempladamente lo bueno y para no pasar de la virtud al vicio.

528. También en otros un vicio se origina de una virtud, si por ejemplo, se vanagloria uno de la castidad y abstinencia. Como también el que da por vanidad una limosna de una virtud hace un vicio. Y asimismo el que se deja dominar de arrogancia por motivo de la sabiduría, y el que apetece recompensa por la justicia, y el que convierte en alabanza propia algún don conseguido de Dios, o que lo emplea para usos malos, sin duda transforma una virtud en un vicio.

529. Algunos hombres alimentan vicios con virtudes y por los vicios se pierden. Y Dios con arte de omnipotencia otras veces da forma a las virtudes sacándolas de nuestros vicios, con las cuales nos reforma de nuestra iniquidad.

CAPITULO XXXV

De las virtudes simuladas.

530. Algunos vicios presentan formas de virtudes y engañan de este modo con mayor daño a los seguidores de ellos, ya que se cubren con capa de virtudes. Porque los vicios que desde luego aparecen como contrarios a las virtudes, cuando al público se manifiestan, pronto son castigados; con lo cual sus secuaces se avergüenzan de tales crímenes.

531. Mas los carnales con frecuencia por causa de la insensibilidad del alma, no conocen que un vicio es culpable y que es digno de condenación.

532. Más: algunos vicios parecen ser especies de virtudes, pero con todo no son virtudes. Porque algunas veces so pretexto de justicia es crueldad lo que se hace, y se tiene por virtud lo que en limpio es vicio, por ejemplo: tener por mansedumbre la perezosa dejadez; y lo que es obra de indolente negligencia se achaca a piadosa indulgencia. También alguna vez el vicio de prodigalidad tiene parecido con la virtud de la largueza, y la avaricia con la virtud de la parquedad; el defecto vicioso de contumacia se cubre como la virtud de la constancia. Item más: el miedo escóndese bajo la forma de obediencia y se llama virtud de humildad lo que en puridad es temor vicioso. Y la procacidad del tono de voz se toma como en favor de la libertad verdadera, y el vicio de la pereza remeda la virtud del reposo. Además la iniquidad viciosa busca ser llamada solicitud, y la ligereza de la precipitación es tenida por entusiasmo de buen deseo, como también la tardanza en bien obrar parece ser detenimiento en el consejo, siendo así que esto es virtud y aquello vicio. De este modo pues los vicios remedan la forma de las virtudes, y de ahí que algunos confían ser justos por lo mismo que son muy reprobados.

533. Un apropiado modelo de vicios se tiene en la manera de ser del ladrón. Porque así como el ladrón sale de su escondrijo y se junta con los caminantes, fingiendo ser compañero hasta engañar al desprevenido, y cuando de súbito se manifiesta, manifiéstase claro como ladrón perverso; así mézclanse a veces los vicios con las virtudes peligrosamente, hasta tanto que arrebatan toda la eficacia de la obra buena en sus actos, y el alma que se complacía por las virtudes se halla decepcionada con vicios merecedores de condenación.

CAPITULO XXXVI

De la codicia de las virtudes

534. Con dificultad subimos a las virtudes, sin trabajo caemos en los vicios. Porque éstos están abajo, aquellas empinadas. Y tenemos que sudar mucho para que podamos subir al cielo.

535. Así como los que aspiran a subir a la cima de las virtudes no empiezan por las alturas, sino por los actos pequeños, para llegar poco a poco a los más altos; así también los que se deslizan en los vicios no empiezan desde luego por grandes crímenes, sino que se acostumbran en los pequeños y luego caen en los máximos.

536. De la manera que un hombre cae desde los pequeños vicios en los máximos, así de las pequeñas virtudes sube gradualmente a las que son excelsas.

537. Mas quien desordenadamente se empeña en alcanzar las virtudes, pronto está en peligro. Este es el motivo porque en la naturaleza cuanto más rápidamente adquieren las cosas el perfecto desarrollo, tanto más deprisa se acaban, como sucede con las hierbas, que tanto más deprisa perecen, cuanto más deprisa crecen. Y de contrario modo los árboles de profundas raíces son de más larga duración por motivo de que llegan gradualmente a su completo desarrollo.

538. Nada aprovecha hacer algo bueno mezclado con algo malo; pues primero se ha de quitar lo malo, después se ha de ejercitar lo bueno. Esto es lo que indica el Profeta (Isa, 1, 16) diciendo: Apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, *cesad de obrar mal, aprended a hacer bien.*

539. En el hombre antes deben extirparse los vicios, después deben sembrarse las virtudes. Porque no es posible que se junten y estén unidos la verdad con la mentira, el pudor con la petulancia, la fidelidad con la perfidia, la castidad con la lujuria.

540. Hay unas virtudes sumas y otras medianas (consistentes en un medio). Son virtudes supremas la Fe, Esperanza y Caridad. Porque quienes las tienen, ciertamente las tienen de veras. Y las otras virtudes son medianas (o medias) porque pueden tenerse para provecho y para perjuicio, si con arrogancia alguno se hincharé de ellas, como son la doctrina, el ayuno, la castidad, la ciencia, o las riquezas temporales, de todas las cuales puede hacerse uso tanto bueno, como malo.

541. Quien de malo haya comenzado a ser mejor, tenga cuenta de no engréírse por las virtudes alcanzadas, no sea que caiga por las virtudes más gravemente que cuando antes yacía en tierra por el resbalón de los vicios.

542. Dios a quien justifica le da unos dones de virtud y oros retira para que no se engríá otra vez por las virtudes, a fin de que cuando la mente se envanece por lo que posee, al punto sea humillada, por aquello que conoce no tener de ningún modo.

543. Quienquiera que inspirado por la gracia del cielo está levantado a las virtudes, si moderando la mano Dios, se ve reprimido por alguna adversidad para que no se enorgullezca de las virtudes adquiridas, no debe quebrantarse; porque también el sobrelevar con ecuanimidad ser humillado con adversidades no hay duda que es grande virtud.

CAPITULO XXXVII

De la lucha de las virtudes contra los vicios.

544. Los varones santos entonces se limpian con más verdad del diluvio de los vicios, cuando oponen sendas virtudes contra sendos vicios. Algunas veces luchan los vicios con las virtudes para provecho, para que con la misma lucha sea el alma ejercitada, o para que el ánimo convertido de la soberbia se encoja.

545. Contra los impulsos de los vicios hace de luchar con las virtudes contrarias. Así contra lujuria hace de presentar la pureza del corazón; contra el odio hace de preparar dilección; contra la ira hace de preparar paciencia. Además contra el temor hace de ofrecer la virtud de la confianza; contra la pereza la diligencia del celo; también ha de oponerse a la tristeza el gozo; a la acidia la fortaleza; a la avaricia la larguezza; a la soberbia la humildad. Y de este modo cada una de las virtudes reprime los vicios que nacen contrarios a ella y apaga los movimientos de las tentaciones por virtud de la caridad divina.

546. Con abstinencia doma la lujuria: porque cuanto el cuerpo está quebrantado por falta de comida, tanto el alma está más apartada del apetito vedado.

547. La tolerancia lucha contra la ira; pues la ira a sí misma mata; mientras que la paciencia aguantando consigue la victoria.

548. El abatimiento de la tristeza se vence con la esperanza del gozo eterno, y aquel a quien la mente turbada afecta por lo exterior, la dulzura de la tranquilidad interior se lo suaviza.

549. Contra la envidia prepárese caridad, y contra los incendios de la ira preséntese la tranquilidad de la mansedumbre.

550. Pero los soberbios imitan la soberbia del diablo, contra la

cual se opone la humildad de Cristo, por la que se humillan los soberbios.

551. La reina y madre de los siete principales vicios es la soberbia, y los mismos siete vicios capitales engendran muchos vicios, los que están como emparentados entre sí, de suerte que uno nace de otro.

552. Así como la soberbia, cabeza principal de los siete vicios, nos sujeta a los poderes de ellos; así Cristo lleno de septiforme gracia nos saca del dominio de los vicios, y a los que aquella sujeta con siete vicios, éste libra con el don de la gracia septiforme.

CAPITULO XXXVIII

De la soberbia

553. La soberbia es más mala que todos los vicios, o porque quienes la tienen son los primeros y más altos personajes, o porque brota de las obras justas y virtuosas y se tiene en menos su culpa. Al contrario, de la lujuria carnal, que a todos se hace notoria porque de suyo es torpe cosa; y no obstante en la balanza de Dios es menor que la soberbia. Pero quien está sujeto por la soberbia y no lo siente, cae en lujuria carnal, para que humillado por ésta, se levante, no sólo de la confusión, sino también de la soberbia.

554. Todo el que peca es soberbio, porque al hacer lo prohibido, tiene en poco los divinos preceptos. Luego es normal que el inicio de todo pecado es la soberbia; porque si no hubiera procedido la desobediencia de los mandamientos de Dios, no se siguiera la culpa de la transgresión.

555. Toda soberbia yace tanto más en lo profundo, cuanto más alto se erige, y tanto cae más profundamente, cuanto a más alto se levanta. Porque quien se yergue por la propia soberbia, es doblegado por la divina justicia.

556. Los que se hinchan con soberbia se alimentan de aire. Por lo cual dice el Profeta (Jer. 22, 22): *De viento se alimentan todos tus pastores*, es decir, del viento de la soberbia.

557. Quienes de sus virtudes ensorbecen han de ser juzgados por las mismas obras de que abusan como virtudes; porque hacen una cosa buena con voluntad no buena. Y en verdad toda virtud no acompañada de humildad y caridad se reputa vicio.

558. El diablo por soberbia se despeñó de la felicidad suprema. Por tanto quienes se enaltecen de las virtudes, imitan al diablo; y por lo mismo más hondo caen, ya que desde lo excelso se precipitan.

559. La soberbia, así como es origen de todos los crímenes, así es ruina de todas las virtudes. Porque ella es primera en el pecado, y en la contienda la postrera; ella o al comienzo derriba el alma mediante el pecado, o al final la arroja de las virtudes. Por esto es el mayor de todos los pecados, ya que acaba con el alma tanto por medio de las virtudes, como por medio de los vicios.

560. Lo mismo es nacer la soberbia que caer en soberbia, para que a los soberbios no resulte una cosa la culpa y otra la pena, sino que la misma culpa les sea pena.

561. De la soberbia nace la arrogancia y no de la arrogancia la soberbia. Pues si no procediese una oculta soberbia de la mente, no se seguiría la manifiesta jactancia de alabarse. Así pues la soberbia se antepone a la arrogancia en cuanto a culpa, lo mismo que le es anterior por origen.

562. Muchas veces para corrección de la soberbia, por providencia de Dios, algunos tienen una caída, por la que saben reprenderse humildemente a sí mismos y apetecen no ser alabados por los dones de Dios; antes bien alaban a Dios de quien han recibido los dones por los que quieren ser alabados.

563. Al arrogante más útil es caer en un vicio cualquiera y después de la caída estar humilde ante Dios, que no el ensorberecerse por la hinchaón y recibir por la soberbia una mayor condenación de la caída.

CAPITULO XXXIX

De la lujuria

564. Frecuentemente del pecado de la soberbia se pasa a las abominables inmundicias de la carne. Porque de lo uno pende lo otro: que así como por la humildad del alma se pone a salvo la castidad de la carne, así por la soberbia del alma se va a la prostitución de la lujuria. Pero Dios algunas veces castiga una oculta soberbia del alma con una manifiesta caída carnal.

565. Que la inmundicia libidinosa nace de oculta soberbia del ánimo consta por el ejemplo del primer hombre, quien al momento que se hinchó con soberbia en contra de Dios, al punto sintió la carne libidinosa y tapó las vergüenzas. Por tanto acháquese cada uno a culpa propia cuantas veces sea vencido por la lujuria; porque si no hubiera precedido latente soberbia, no seguiría la aparente caída de la lujuria.

566. A veces el cristiano es atacado por el diablo con los dos vicios, en lo oculto por soberbia, en público con lujuria. De modo que en tanto uno evita la lujuria, cae en la soberbia, y cuando incautamente se aparta de la soberbia, cae perezosamente en la lujuria; y así del oculto vicio de la soberbia se va al manifiesto de la lujuria, y del manifiesto de la lujuria al oculto de la soberbia. Pero el servidor de Dios pensando discretamente ambos extremos, de tal modo se guarda de la lujuria, que no incurra en soberbia, y de tal modo comprime la soberbia, que no de suelta al ánimo para la lujuria.

567. A los lujuriosos y soberbios fomentan los demonios más, y por más que los espíritus malignos sirven con diligencia en los otros vicios, sin embargo en éstos se juntan con mayor familiaridad y más y más les sirven según el deseo.

568. Por estos dos vicios principalmente domina el diablo al linaje humano, esto es, por la soberbia de la mente y por la lujuria de la carne. Por lo cual el Señor habla también en Job diciendo del diablo: "*Duerme a la sombra en lo escondido de un cañaveral, en tierras mantillosas*" (40, 16). Por la caña se expresa la vana soberbia, y por las tierras húmedas la lujuria carnal. Pues por estos dos vicios tiene el diablo posesión del género humano cuándo al levantar el alma con soberbia, cuando al corromper el cuerpo con lujuria.

569. Son muchos los esclavos de la lujuria, y con soberbia contumaz se vanaglorían de los mismos actos de lujuria, de suerte que están más engreídos por lo mismo que debían andar más corridos.

570. Es aún peor por comparación con lo malo cuando, no sólo se cometan crímenes, sino que también los perdidos se enorgullecen con vanas alabanzas de los mismos crímenes, como está escrito. (Ps. 12, 3): *el pecador se jacta en los deseos de su alma*. Pues ¿qué cosa peor que el gozarse los miserables en los crímenes de los que deben ya llorar más copiosamente?

571. La lujuria se busca más entonces cuando se ve. Pues como dijo un sabio: "Los primeros dardos de la fornicación son de los ojos;

los segundo de las palabras"; porque es bastante la naturaleza cuando el afecto está aún libre.

572. Quien refrena el placer de la sugestión libidinosa, no pasa a consentirlo. Con prontitud resiste el pecado de obra quien no se presta al placer que le está solicitando.

573. Más duramente es combatido con tentaciones carnales quien está tentado hasta el consentimiento, aunque no llegue a la perpetración, que aquel que se ve solicitado tan sólo por la sugestión, según su condición.

574. Los estímulos de la carne que estaban en Pablo excitándolo el ángel de Satanás, eran de la condición del pecado, que habitán en los miembros de lo hombres de condición libidinosa. Cuánto se perfecciona el que lucha en sí contra la inclinación rebelde, y de la flaqueza de la solicitud de la lujuriosa saca la fortaleza de una gloriosa contienda.

575. A los servidores de Dios la carne promueve muchas contingencias; pues aunque su intención esté inconclusa en el amor de Dios, empero la mente sufre internas batallas de la carne que lleva en lo exterior. Mas Dios, que las permite para prueba, no abandona a los suyos, protegiéndoles la gracia.

576. Alguna vez los elegidos caen en algún pecado carnal para que sanen del pecado de soberbia de las virtudes con que están hinchados. Y para que se levanten, sean humillados por el pecado carnal y caigan los que son soberbios por los afectos de las virtudes.

577. Antes de que un adulterio se cometa de hecho, el adulterio ya está presente en el pensamiento. Porque del corazón deben quitarse primeramente las fornicaciones y no prorrumpirán a las obras. De aquí que esté dicho por el Profeta: "*Ceñíos vuestros lomos, sobre vuestros pechos o mamas*" (Is. 32, 11). Esto es; cortad de vuestro corazón la lujuria, la cual corresponde a los lomos. Pues el corazón está sobre los pechos, no en los lomos.

578. La inmoderada licencia de la lujuria no sabe guardar modo. Porque cuando el ánimo vicioso se ha relajado para cometer fornicación, estando la carne agitada de lujuria, pasa también a otros crímenes nefandos por incitación de los demonios, y cuando ha traspasado todos los términos del pudor, añade crimen a crimen y poco a poco llega a los peores.

579. No es tan suave la inexperta, como la experimentada lujuria carnal de los amantes, o mejor dicho, de los amentes; y no deleita

tanto la fornicación cuando por vez primera se comete, pues repetida proporciona mayor deleite.

Ahora bien, si llega a ser habitual, se hace tan dulce a los perdidos que es difícil vencerla. Por lo cual muchas veces, a causa de la costumbre de pecar, como cautivos, con cierta violencia, son arrastrados a pecar; y sienten rebelarse los sentidos en contra de la recta voluntad.

580. Si al alma deleita el placer de la fornicación más que el amor de la castidad, todavía en aquel hombre reina el pecado. Y ciertamente si la hermosura de la íntima castidad es más deleitosa, ya no reina el pecado, reina la justicia. Porque el pecado reina en el hombre, no sólo por la fornicación cometida, sino reina sin duda cuando todavía deleita y ocupa el ánimo (Causa 32 q. 7 a Grat).

581. La fornicación de la carne es un adulterio; la fornicación del alma es servidumbre de ídolos. Peor hay asimismo una fornicación espiritual, según lo que dice el Señor (Math. 5, 28): *Cualquiera que mirara a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón.*

582. Llámase fornicación toda asquerosa polución, aunque uno se prostituya por diverso placer de torpeza. Porque varios crímenes se engendran del deleite de fornicar, con los que se cierra el reino de los cielos y el hombre es apartado de Dios.

583. Entre los siete restantes vicios, la fornicación es crimen máximo; pues por la inmundicia carnal viola el templo de Dios, y abusando de los miembros de Cristo los hace miembros de una prostituta.

584. El género humano está más sujeto al demonio por la lujuria carnal, que por los otros vicios. Porque tratando él de pervertir a los hombres solicitados con tentaciones varias, lo que más sugiere es el deseo de fornicar, ya que conoce que ambos sexos están enfermos preferentemente de este vicio.

585. Conociendo los demonios que la castidad es hermosura del alma y que mediante ella el hombre se iguala a los merecimientos angélicos, de donde ellos cayeron, atacados de furiosa envidia inyectan por los sentidos corporales el deseo y los actos libidinosos, con el ánimo de arrastrar el alma caída de las alturas celestes al fango y burlones llevar consigo a los infiernos a los que vencieron.

586. Cuando el alma está empujada por impulso demoníaco al deleite de la fornicación, pónganse ante los ojos del alma el miedo del juicio divino y los tormentos del fuego eterno; porque toda pena se

vence con el miedo de más grave suplicio. Pues así como un clavo saca otro clavo, así no pocas veces el recuerdo del fuego infernal apaga el ardor del fuego de la lujuria.

587. Hay algunos que viven lujuriosamente en la juventud y se ilusionan con que se harán continentes en la senectud, y eligen ponerse al servicio de la castidad, cuando ya la lujuria los desprecia como esclavos.

588. En manera alguna han de llamarse continentes en la senectud quienes vivieron lujuriosamente en la juventud. No tienen premio los tales, pues no han sostenido lucha, y la gloria sólo espera a los que lucharon con denuedo laboriosas batallas.

CAPITULO XL

De la continencia.

589. La continencia Dios la da: pedid y recibiréis. Y entonces es otorgada cuando es Dios llamado con interiores gemidos.

590. La virginidad está preferida al matrimonio: bueno es éste, aquella óptima. El matrimonio está permitido, la virginidad sólo aconsejada, no impuesta. Mas por esto tan solamente aconsejada, porque es demasiado excelsa.

591. La virginidad es un doble bien, porque no sólo quita en esta vida las solicitudes seculares, sino que además en la futura recibe un premio eterno de la castidad.

592. Las vírgenes tienen en la vida eterna mayor dicha, como atestigua Isaías (56, 4, 5): *Esto dice el Señor a los eunucos: A los que observaron mis sábados... les daré un lugar distinguido en mi Casa, y dentro de mis muros, y un nombre más apreciable que el que les darían los hijos e hijas.* Y no hay duda que los que perseveran castos y vírgenes se equiparan con los ángeles de Dios.

593. Debe ser amada la hermosura de la castidad, cuyos deleites gustados encuéntrase que son más dulces que los de la carne. Porque la castidad es el fruto suavísimo y la intacta belleza de los Santos. La castidad es seguridad del alma y salud del cuerpo. Tanto que leemos de algunos gimnastas gentiles que practicaban perpetua continencia para no debilitar con la lujuria sus fuerzas. Porque la vida lujuriosa

debilita pronto el cuerpo y una vez quebrantado los envejece deprisa, aceleradamente.

594. Todo pecado por la penitencia recibe curación de la herida; la virginidad empero, si se pierde, no hay modo de que sea reparada. Pues aunque, mediante la penitencia, reciba el fruto del perdón, con todo nunca recibe la incorrupción primitiva.

595. El virgen de cuerpo y no de alma ningún premio tiene en la repromisión. De ahí que a las vírgenes fatuas, cuando el Salvador venga a juicio, díceles (*Math. 25, 12*): *En verdad os digo que yo no os conozco*. Pues cuando el juez encuentre el alma corrompida, indudablemente condenará la incorrupta carne.

596. Nada aprovecha la integridad del cuerpo donde no hay integridad de alma. Y de nada vale estar limpio de cuerpo a quien está manchado de alma.

597. Son muchos los réprobos que desconocen el contagio de la corrupción carnal, los cuales así como son infecundos corporalmente, así son estériles de alma y de la fecundidad del bien obrar: éstos se alegrarían rectamente de la virginidad, si no estuviesen al servicio de otras malas obras.

598. Cualquiera que profesa continencia y no se libra de los otros deseos terrenos, aunque no esté manchado por la carnal lujuria, sin embargo le manchan diversas obras del trato mundano.

599. Los vírgenes que se jactan de sus méritos, son comparables a los hipócritas, que apetecen por fuera la gloria de bien obrar, que humildes debieron tener en la conciencia. Así es que estos tales no llegan a conseguir las celestiales promesas; porque ellos mismos se quitan el premio de la virginidad por el pecado de orgullo. Esto se significa en el Evangelio diciendo que unas vírgenes no tenían aceite en las lámparas, es decir, no tenían en la conciencia el testimonio del bien obrar, sino que se jactaban aparentemente delante de los hombres, no delante de Dios en su corazón.

600. La ruina del hombre caído se sostiene con el apoyo del matrimonio, y es mejor casarse que perecer en el fuego de la lujuria.

601. Para algunos es agradable el honor conyugal, no para engendrar hijos, sino que lo apetecen por la turbulenta y lujuriosa costumbre carnal, y así hacen mal uso de lo bueno.

602. Los vicios son malos de por sí, los matrimonios y los poderes cierto que son buenos de por sí; mas se tornan malos por circunstancias de que están rodeados. Los matrimonios, por ejemplo, son

malos por lo que dice el Apóstol: “*Mas quien está casado piensa en las cosas del mundo*” (1 Cor. 7, 33). Y “*por precaver la fornicación cada uno tenga su mujer*” (1 Cor. 7, 2). Del mismo modo las especies de potestad se tornan malas por la soberbia, por la opresión y también por la prevaricación de la justicia. Que si dañan las riquezas, si dañan también los poderes, más es por lo que se les yuxtapone y no de suyo; como en un camino recto en cuyos bordes nacen espinas, que ensanchándose por la margen, punzan a los que andan por el camino.

CAPITULO XLI

De la ambición y codicia

603. Nadie puede acometer las batallas espirituales, si antes no ha domado los deseos carnales.

604. El alma no puede estar libre para contemplar a Dios, si ansía vehementemente los deseos y codicias de este mundo. Como no puede el ojo ver a gran distancia si está cubierto de polvo.

605. La avaricia es peor que todos los pecados y también el amor de las riquezas. Por lo cual dice Salomón (Eccli. 10, 10): *No hay cosa más inicua que el que codicia el dinero, porque el tal a su alma misma pone en venta y aun viviendo se arrancó sus propias entrañas.*

606. La avaricia es madre de todos los crímenes. Por lo cual el Apóstol dice (I Tim. 6, 15): *La raíz de todos os males es la avaricia de la cual arrastrados algunos se desviaron de la fe.* Si pues se arranca la raíz de los crímenes, no pulularán los otros brotes de pecados.

607. Muchos hasta de la fe renunciaron por causa de la avaricia terrena. La avaricia vendió a Cristo. Y muchos tienen tanta codicia de las cosas ajena, que ni se avergüenzan de perpetrar un homicidio; como Achab, que sació el apetito de su codicia con el derramamiento de sangre.

608. Los malos cosiguen muchas veces lo malo que desean hasta cuando son castigados, más fuertemente, por el afecto del mal deseo. Pero Dios no deja que sus elegidos lleguen a cumplir los malos deseos, sino que excita el dolor en sus obras en vez de lo que apeteцен

malamente en el mundo, a fin de que con esta experiencia se arrepientan para volverse a Dios, de quien se alejaron con aquellos en el alma. Por tanto aquel que no es consentido satisfacer sus apetitos temporales, reconozca que dios benévolos hágale la contra y crea que por secreto juicio de Dios se verifica para más dura condenación que al deseo de los tales malos se siga inmediatamente el efecto de la acción.

609. La codicia no se sacia jamás. El avaro siempre necesita y cuanto más adquiere, tanto más busca; y no está atormentado sólo por el deseo de atesorar, sino también anda apurado por el miedo de perder.

610. Pobres nacemos a esta vida, pobres saldremos de ella. Si tenemos por perecederos los bienes de este mundo, ¿por qué deseamos con tanto amor lo perecedero?

611. La mayor parte de los pudentes se abrasan con la rabia de la avaricia, de modo que excluyen a los pobres de sus confines y no les consienten habitar. Bien dice a los tales el Profeta (Isa. 5, 8): *¡Ay de vosotros los que juntáis casa con casa, y agregáis heredades a heredades hasta que no queda ya más terreno! ¿Por ventura habéis de habitar vosotros solos en medio de la tierra?* El mismo Profeta después anuncia que a tales hombres arrebata el infierno, es decir, el diablo para condenarlos, diciendo: *Por esto ensanchó el infierno su seno y abrió su inmensa boca, y en ella caerán sus campeones, y el pueblo y cuanto hay en él de ilustre y glorioso.* Y no es de admirar que los que mientras viven no apagaron la llama de su avaricia, cuando mueran, sean destinados a los fuegos infernales.

612. Quienes se abrasan con deseos de concupiscencia, están quemados por el soplo de inspiración diabólica. Encendió con la soberbia el corazón de Eva para que comiese la fruta prohibida; encendió con la envidia el alma de Caín para que matase al hermano; encendió con teas de lujuria a Salomón para que adorara ídolos por afición a las mujeres; encendió con la avaricia a Achab para que añadiese a la avaricia el homicidio. Así pues con semejantes inspiraciones deprava el diablo los corazones humanos con escondidas concupiscencias.

CAPITULO XLII

De la gula.

613. La primera sugestión de esta concupiscencia es del pan, a la cual si se resiste, quedan reprimidos diversos deseos de devorar. Por esto dice Daniel: *No comí pan de deseo*, es decir, no cumplí la concupiscencia de él (no satisface la gana de comerlo).

614. La hartura de pan (de comida) es la materia prima de la lujuria. Y por eso a Sodoma acusa el Profeta (Ezequiel 16, 49) de hartura de comida, cuando dice: *He aquí cuál fue la maldad de Sodoma... la soberbia, la hartura y la abundancia*. Porque los moradores de Sodoma, que comían desmesuradamente, se dejaron caer en torpísimos crímenes, y por ellos merecieron, acompañándoles la soberbia, merecieron ser abrasados con fuego del cielo, por no haber tenido moderación en devorar manjares.

615. Provechoso es guardarse de la gula y de la codicia de los manjares. Pues ¿qué cosa más dañosa que el tener el ánimo al servicio del estómago y de las viandas que han de ser destruidas, como atestigua y dice el Apóstol (I Corintios, 6, 13): *Mas Dios destruirá a aquel y a éstas?*

616. Vecina es del vientre la lujuria, tanto por el sitio como por el vicio. Porque donde hay cuidado del vientre, no falta para lo que está próximo alrededor del mismo. Y en la disposición orgánica de los miembros están los genitales unidos al vientre: y cuando uno se refocila desmedidamente, los otros experimentan excitación a la lujuria.

617. De los manjares debe usarse, no para lujuria o para hartura, sino sólo para que el cuerpo se sustente. Pues como los filósofos dicen, los alimentos se inventaron para conservar la vida, no para corromperla.

618. Los que comen demasiado, cuanto más ceban el vientre, tanto más embotan el entendimiento. Porque dijeron los Griegos que de vientre graso no puede engendrarse sutil entendimiento. Pues la hartura de la gula en demasía embota el entendimiento y hace que se evapore el ingenio.

619. Los fuegos libidinosos crecen con el fomento de los manjares, pero la tentación no quema un cuerpo quebrantado por el ayuno. Y por ello las llamas del horno de Babilonia, si bien tocaron a los

Tres Jóvenes que ayunaban, pero no los abrasaron; quiere decirse, que si el fuego de los deseos carnales inflama las almas de los abstinentes, con todo no las abrasa hasta consentir los deseos o las obras.

620. Quien tiene abundancia de manjares, mire los suplicios del rico Epulón, que está ardiendo y que en los fuegos del infierno estaba tan pobre, como aquí tuvo abundancia de viandas. Porque no quiso sentir hambre y sed en ésta, en aquella, sediento en medio de llamas, no mereció una gota de agua que pidió.

621. Es para considerar con qué vehemencia son reprendidas las comilonas y convites sumtuosos. Pues amenaza el Señor por un Profeta que El no perdona esta iniquidad a los que voluntariamente la ronden. Dice pues por Isaías (22, 13): *Mas he aquí que vosotros no pensareís, sino en danzas y alegría, en matar terneras, degollar carneros y en comer sus carnes y beber vino. No, no se os perdonará esa iniquidad hasta que muráis.*

622. Así como todos los apetitos carnales se cortan con el ayuno, así se destruyen todas las virtudes del alma con el vicio de la glotonería. De ahí que el cocinero destruyó los muros de Jerusalén; porque el vientre a quien sirven los cocineros destroza la fortaleza del alma. Y no es posible que uno alcance la perfección de las virtudes, si antes no ha dominado la glotonería del vientre.

623. Nadie puede dominar los otros vicios, si antes no ha contenido la gula. Y no podrá uno arrojar fácilmente de sí mismo los espíritus inmundos, más que por medio del ayuno y abstinencia. Pues entonces vencemos con más fuerza a los enemigos que tenemos fuera de nosotros, cuando primero destruimos los vicios que tenemos dentro. Inútil es llevar la guerra afuera, si el peligro se tiene dentro.

624. No es la calidad de los manjares, sino la codicia de ellos lo que debe precaverse. Puesto que no pocas veces lo más cuidadosamente preparados se toman sin gula, y otras tómanse con ansias de glotonería los más corrientes y viles. Y así resulta que no está la culpa en la calidad de los alimentos, sino que está en tomarlos codiciosamente por vicio.

625. Cuatro divisiones generales pueden presentarse del apetito de la gula a saber: sobre qué, cuándo, cuánto y cómo se apetece alguna cosa. Qué toca a la misma sustancia que se apetece; cuándo si se apetece algo antes del tiempo debido; cuánto, refiérese a la excesiva cantidad; y cómo, se asigna al afán de comer con precipitación.

626. No tiene el hombre un exactor tan impertinente como el

estómago; éste llena totalmente la reflacción cotidiana con la cotidiana reclamación del hambre. Pues si con los otros vicios también nacemos a veces, no obstante a veces no morimos con ellos; mas con ése nacemos y con él morimos.

627. El comer y beber es una necesidad natural.

628. Generalmente el placer de la comida se desliza bajo pretexto de necesidad, para que mientas se piensa satisfacer una necesidad, se satisfaga el apetito del placer, sin que sea fácil discernir si lo que se toma es por gula o por necesidad.

CAPITULO XLIII

De la embriaguez

629. La comida engendra crápula; la bebida embriaguez. Y ésta da origen a perturbación de la mente, a furor del corazón, a las llamas de la lujuria.

630. De tal modo la embriaguez enajena la mente, que el ebrio no sabe dónde está. Por esto tampoco se da cuenta del mal que por embriagarse comete. Es verdad el dicho del Profeta (*Oseas*, 4, 11): *La deshonestidad y el vino y embriaguez quitan el buen sentido*. La fornicación vuelve fatuo al prudente, como en Salomón y la embriaguez encadena la razón, como en Lot. Por eso en los Proverbios (23, 30) se dice: *Los poderosos son iracundos, no beban vino, no sea que en habiendo bebido, olviden la prudencia*.

631. La mayor parte tiene a gala el beber mucho vino y no embriagarse. Oigan éstos a un Profeta (*Isa.* 5, 22) que dice contra ellos: *¡Ay de vosotros que sois brioso para beber vino, y hombres fuertes para embriagaros con diversos licores!*

632. A los muy dados al vino y que viven lujuriosamente reprende Isaías (V, 11) de este modo: *¡Ay de vosotros los que os levantáis de mañana a emborracharos, y a beber hasta la noche, hasta que os abrasa el vino!* Y en otro lugar (*Ecles.*, 10, 16): *Desdichado de ti, oh país, cuyo rey es un niño, y cuyos príncipes comen de mañana*.

633. Porque muchos desde que amanece hasta que anocchece están al servicio del placer de la gula y embriaguez, y no entienden para que han nacido, sino que detentados por el instinto bestial, están durante todo el tiempo sirviendo a la lujuria y a la gula.

634. El Profeta Joel (1, 5) clama a los esclavos de la embriaguez: *Despertaos, oh ebrios, y llorad; alzad el grito todos los que estáis bebiendo alegremente el vino.* En el cual testimonio, no dice sólo: llorad todos los que estáis bebiendo el vino, de modo que no esté permitido beber vino, sino añade, alegremente, lo que corresponde a deleitoso y pródigo derroche. Porque el Apóstol amonesta a Timoteo que beba lo que sea necesario a la salud, cuando le dice: *Usa un poco de vino* (1 Tim. 5, 23).

635. No sólo con vino se embriagan los hombres, sino también con otros géneros de bebidas, compuestas de varios modos. Y por esto a los Nazarenos, que se consagraban al Señor, se mandó no beber ni vino ni sidra; porque ambas bebidas perturban el juicio y emborranchan, y asimismo las dos engendran igualmente luxuria carnal.

636. Algunos continentes, así como toman medido el pan, así también toman el agua tasada, alegando que para la castidad corporal también es conveniente abstenerse de agua.

CAPITULO XLIV

De la abstinencia

637. El perfecto y racional ayuno es éste: que cuando el hombre ayuna exteriormente, ore interiormente. La oración con el ayuno penetra más fácilmente en el cielo. Porque entonces el hombre está espiritualizado, se junta con los Angeles y se une con Dios más libremente.

638. También por el ayuno son revelados los secretos celestiales de los misterios y se hacen manifiestos los arcanos misteriosos del divino sacramento. Pues no de otro modo Daniel pudo conocer los ocultos misterios revelándolos un Angel. Esta virtud descubre las manifestaciones de los Angeles y sus mensajes.

639. Son los ayunos armas poderosas contra las tentaciones de los demonios; porque pronto están vencidos por la abstinencia. Por lo cual también el Señor y el Salvador nos enseñó a vencer esos ataques con ayunos y oraciones, diciendo (Math., 17, 20): *Esta casta de demonios no se lanza sino mediante la oración y el ayuno.* Porque los espíritus inmundos donde más se lanzan es donde ven más comida y bebida.

640. Los Santos durante el tiempo de esta vida por el deseo del rocío celeste arrastran su cuerpo árido. Lo dice el Salmo 62, 2: *De Ti está sedienta el alma mía. ¡Y de cuántas maneras lo está este mi cuerpo!* Porque entonces el cuerpo tiene sed de Dios, cuando por el ayuno se abstiene y seca. Que la abstinencia ya vivifica, ya mortifica: da vida al alma, mortifica al cuerpo.

641. Con frecuencia se practica simuladamente la abstinencia y se ejercita el ayuno por hipocresía. Porque algunos destrozan su cuerpo con sorprendente ayuno, *desfiguran sus rostros*, como dice el Evangelio (Math. 6, 16), *para manifestar a los hombres que ayunan*. Porque palidecen en la cara, están quebrantados en el cuerpo, dan profundos suspiros. Asimismo, se entregan a suplicios mortíferos antes de la muerte; y los miserables prosiguen tan laborioso ejercicio, no por amor de Dios, sino tan solamente por conseguir humanas alabanzas de admiración.

642. Otros se abstienen increíblemente para parecer santos a los hombres curiosos. Pero este ejercicio de abstinencia no se debe contar a los tales como virtud, sino como vicio, pues usan mal de lo bueno.

643. Tanto el ayuno como la limosna gustan de estar escondidas, para que sólo Dios, que todo lo ve, de la recompensa de las buenas obras. Pero quienes las hacen para manifestarse al público, de ningún modo se justifican ante Dios; porque según las enseñanzas evangélicas, recibieron ya su recompensa de los hombres.

644. Los ayunos acompañados de obras buenas son aceptables a Dios; mas quienes se privan de alimentos y obran mal, imitan a los demonios, que no comen y siempre son malvados. Ayuna bien quien, no sólo se abstiene de los alimentos, sino también de las malas obras y ayuna también de las ambiciones mundanas.

645. Quienes por abominar las comidas y no por voto de abstinencia, se las suspenden, éstos más bien deben ser execrados, porque abominan de usar la comida creada por Dios y permitida a los hombres. Porque para los fieles nada hay manchado, nada se juzga inmundo, conforme al testimonio de Pablo Apóstol (Tit., 1, 15): “*Para los limpios todas las cosas son limpias; mas para los contaminados, y que no tienen fe, no hay nada limpio, sino que tienen contaminada su alma y su conciencia*”.

646. Se desprestigia el ayuno que al atardecer se repara con un hartazgo. Y no debe tenerse por ayuno aquel al que ha de suceder hartura de vientre.

647. Se desprestigia el ayuno que al atardecer queda compensado con placeres, diciendo Isaías (58, 3): *En el día de vuestro ayuno os vais en pos de vuestros apetitos.* Y en el nombre *voluptas* (en la Vulgata se lee voluntas, apetito) se sobreentienden los placeres. Pues, así como se condena el apurar a los deudores, y los pleitos, y las contiendas y el herir con puñadas, igualmente reprueba el Profeta los placeres en el ayuno.

648. Quien se prepara delicias para dar gusto a la gula por la tarde, durante todo el día con el pensamiento rumia manjares.

649. Al cuerpo no se debe administrar desmesurado ayuno, no sea que cargando demasiado al cuerpo con el peso de la abstinencia, luego ni pueda ejecutar lo malo, ni empezar a obrar el bien; y lo que se le aplica para que carezca de malas costumbres, sirva a su vez para privarle del poder cumplir sus deberes, por estar demasiado oprimido. Es pues cosa de moderarse con discreta solicitud el trato del cuerpo material, para que ni se extinga del todo, ni se le deje en desmedida libertad.

650. Mientras prevalece una gran debilidad corporal ninguno puede alcanzar la perfección. Pues por más que se ame la santidad, no se puede ejecutar la obra meritaria a que uno se entregaría con toda el alma.

651. La excesiva flaqueza corporal quebranta también las fuerzas del alma y ocasiona asimismo que el ingenio se marchite, y no permita perfeccionar cosa alguna por causa de la debilidad.

652. Todo a medida. Pues cuanto se hace con regla y medida es saludable; cuanto va con demasiado y sin regla resulta pernicioso y el anhelo mismo se invierte. Así pues en todo es preciso guardar regla y medida; porque todo cuanto sobra es peligroso, como se ve en el agua, que cuando llueve demasiado, no sólo no es de provecho, sino que también acarrea daños y peligros.

LIBRO III

SAN ISIDORO DE SEVILLA
LIBRO TERCERO DE SENTENCIAS
CAPITULO I

De los castigos de Dios.

653. La ingeniosa penetración de la divina Sabiduría, así com en lo oculto es testigo que escudriña las conciencias, así en lo de fuera es juez que impone castigos, para que sea veraz un testimonio del Profeta (Jer., 20, 23): “*Yo mismo soy el juez y el testigo*”.

¡Oh Señor!, ten compasión del pobre Isidoro, que hace y padece cosas indignas, que peca asiduamente y soporta a diario tus castigos.

654. La misericordia divina es ordenada cuando en esta vida primero corrige el hombre con azotes y después lo libra del suplicio eterno. Porque los elegidos de Dios son desmenuzados por los dolores de esta vida, para que ganen lo más perfecto de la vida futura.

655. En manera alguna deja Dios sin castigar a ninguno que delinque, puesto que o bien hiere con azote temporal al pecador, o bien le deja para que sea castigado con el juicio con pena eterna, o bien el mismo hombre se castiga, arrepintiéndose de lo malo cometido; así es como Dios no deja impune al delinquiente.

656. Los castigos temporales aprovechan al justo para los gozos eternos; razón por la cual el justo debe alegrarse en las penalidades, así como el impío debe temer en la prosperidad.

657. Ni del justo ni del réprobo aparta Dios la misericordia y la justicia: porque a los buenos aquí juzga por la aflicción y allí recompenسا por misericordia; a los malos contrariamente paga aquí por clemencia temporal y allí castiga por justicia eterna.

658. Porque en esta vida Dios perdona a los impíos y no perdoná a los elegidos; en la otra perdona a los elegidos, mas no perdonará a los malos.

659. La seguridad de los malos en esta vida es peligrosa y el dolor de los buenos es tranquilizador. Porque el malo, luego de la muerte, es conducido a ser atormentado, mientras que el justo después del sufrimiento, seguro descansa en paz.

660. Ha de entenderse esto no sólo de los padecimientos corporales, sino también de los espirituales, de modo que cuantos sufriamientos pasa uno en el cuerpo o en el alma, tanto espere que se le ha de premiar en la muerte.

661. Muchas veces, por justo juicio de Dios, en este mundo están los réprobos apartados del castigo de la corrección, y cuando se ve que han cometido muchos actos condenables, dejados de Dios no están heridos por ningún castigo de enmienda.

662. Quien es de Dios amado, si llegare a pecar, es más corregido con el azote, según dice el Profeta Amós (3, 2): *De entre todos los linajes de la tierra, sois vosotros los únicos a quienes he conocido: por lo mismo os he de castigar por todas vuestras maldades. Porque el Señor castiga a los que ama, y en los cuales tiene puesto su afecto, como lo tiene un padre en sus hijos.* (Prov., 3, 12).

663. Es muy necesario que el justo sea ya tentado, ya castigado con azotes en esta vida, para que cuando es atormentado de vicios no se engría de las virtudes, y cuando anda destrozado por el dolor espiritual o corporal, se reserve del amor mundial. Conviene que el justo sea probado, pero con la prueba, no de la lujuria, sino del castigo.

664. En esta vida Dios procede más duramente con sus escogidos, a fin de que cuanto más los hiere con fuertes castigos, tanto menos contentamientos hallen en la vida presente, y más ansíen incessantemente la patria celeste, en donde esperan segura tranquilidad.

665. Los escogidos deben ser probados por las adversidades de esta vida, porque según Pedro (1, 4, 17), *tiempo es de que comience el juicio por la casa de Dios*; es decir, mientras que Dios en esta vida corrige a sus elegidos con el azote del juicio.

CAPITULO II

De un doble azote de Dios.

666. Dos son los modos de herir Dios: por el uno hiere en el cuerpo para bien, a fin de enmendarnos; por el otro, azota en la conciencia, para que más ardientes amemos a Dios.

667. Doblemente mira Dios, o para perdonar, o para vengar; para perdonar, como miró a Pedro; para vengar, como cuando aseguró que bajaría y vería los actos de los moradores de Sodoma.

668. Por tres motivos hiere Dios a quienes le place, a saber: para condenación a los reprobos, para purgación de los elegidos, que ve andan engañados, para aumentar la gloria de los merecimientos a los justos. Del primer modo, para condenación, fue herido Egipto; del segundo, para purificación, Lázaro el Pobre; del tercero, por prueba, fue herido Job.

669. Dios generalmente azota al hombre antes de que éste peque, para que no sea malo; como a Pablo, que sentía los estímulos de la carne, por instigación de un ángel de Satanás. Pero también le castiga Dios después que pecó, para que se enmiende; como aquel de quien dice el Apóstol (1 Cor., 5, 5) que *fue entregado a Satanás para castigo de su cuerpo, a trueque de que su alma sea salva.*

670. Sin embargo el que ignora por qué es azotado murmura injustamente. Porque en general Dios mortifica al justo, para que no caiga enorgulleciéndose de la justicia.

671. Dios tanto más procura perdonar en esta vida cuanto esperando más azote; sino que a unos con mortificarlos corrige, pero a otros hiriéndolos mata. Porque corrige hiriéndolos a aquellos de quienes dice. (Apoc., 3, 19): *Yo a los que amo reprendo y castigo.* Y mata cuando hiere a los que ve delicuentes incorregibles y a los que hiere, no ya por disciplina como Padre, sino como adversario a los enemigos con severa condenación. De éstos dice (Jer., 30, 14): *Te he hecho una llaga como de mano hostil, y con un terrible azote.* Y en otra parte: *¿Por qué alzas el grito en tus penas? Tu dolor es incurable.* Apresúrese pues cada uno y tema que su vida no esté herida con culpa. Porque cuando ha mudado la vida, entonces el castigo lava la culpa; pero si no cambian las costumbres, no expía las acciones.

672. Toda herida divina o es una purgación de la vida presente, o un comienzo de la pena siguiente. Porque para algunos los castigos

se comienzan desde esta vida y perduran en los tormentos eternos. De ahí que por Moisés dice (Dent. 32, 22): *mi furor se ha encendido como un fuego grande que los abrasará hasta el abismo del infierno.*

673. Suelen decir algunos: Dios castiga dos veces lo mismo. Y no ponen atención en lo que en otra parte queda escrito (Jds, 5): *Havingo Jesúsc sacado a salvo el pueblo hebreo de la tierra de Egipto destruyó después a los que fueron incrédulos.* Pues si bien una culpa no es castigada dos veces, entiéndase que es uno solo el castigo que aquí comenzó y allí se termina, para que en los que absolutamente son incorregibles, el castigo de los azotes precedentes sea principio de los tormentos siguientes. De aquí lo que se escribe en el Salmo (108, 29): *Cubiertos sean de ignominia mis detractores, y envueltos en su afrenta como en una doble manta.* Pues manta doble es vestido doble con que simbólicamente están vestidos los que están condenados con pena temporal y con castigo eterno. Por ello Jeremías (4, 20) dice también: *Desastre sobre desastre,* es decir, condenación doble, aquí y en el siglo futuro. Y el mismo dice en otro lugar (17, 19): *Castígalos con doble azote,* esto es, con pena doble, a saber: con la presente y con la futura.

674. Algunos, por secreto juicio de Dios, lo pasan mal aquí y bien allí, sa saber: aquí son castigados para que se corrijan, y allí se vean a salvo de la condenación eterna. Otros al contrario lo pasan bien aquí y mal allí; como sucedió al rico Epulón, que aquí fue esclavizado por poderoso, pero después de muerto fue allí entregado para ser atormentado con ardores infernales. Otros finalmente lo pasan mal aquí y allí, como los incorregibles que comienzan a ser castigados en esta vida y son castigados en la otra con castigo eterno.

675. Algunos están sumergidos tan hondo en el abismo de la desesperación que no pueden enmendarse ni mediando los azotes. Bien dice de ellos el Señor por el Profeta (Jer., 2, 30): *En vano castigué a vuestros hijos; ellos no hicieron caso de la corrección.*

676. Por lo común el justo llora y no sabe si padece los males actuales por todos sus pecados o por uno solo; desconoce cual sea la culpa por la que ha merecido padecer tales suplicios y está triste ante todo por razón de la misma incertidumbre.

677. Aunque los presentes azotes libran al justo de los pecados, todavía anda turbado esto no obstante por miedo de la justa venganza: por si los presentes castigos no le fueran suficientes para limpiarse de sus delitos. Así pues en tanto que padece los presentes, está temeroso

de los futuros; según dijo un Profeta, en cierto modo recibe castigo doble de sus pecados.

CAPITULO III

De la enfermedad corporal.

678. Hombres hay de tal calidad que no aciertan a corregirse sino cuando en otros ven los castigos, de modo que por comparación aprovechan de los males, temiendo que les toque a ellos lo que ven a otros mata.

679. Viendo Dios que algunos no se determinan a corregirse por propia decisión, los mueve con los estímulos de adversidades. También conociendo en su presciencia que otros pueden pecar mucho, para salvarlos, castígalos con enfermedad corporal, para que no pequen; de modo que les es más provechoso para salvar el alma estar consumidos de enfermedades, que no el estar incólumes y condenarse.

680. La visita de Dios ni siempre se recibe para bien ni siempre para mal. Porque se recibe para bien según aquello (Ps. 105-4): “Visítanos por medio de tu Salvador:”, y para mal según lo otro (Jer. 6-15): “En el tiempo de la visita perecerán.”

681. Por tres causas sobrevienen las enfermedades del cuerpo, a saber: por el pecado, por la prueba, o tentación y por la pasión de la destemplanza; sólo a esta última puede socorrer la medicina humana, a las otras sólo la piedad de la divina misericordia.

682. A los que son robustos y sanos es útil enfermar y no pecar, a fin de que por razón del vigor no se manchen con ilícitas codicias y con deseos de lujuria.

683. La dureza, que opprime al alma y no es conocida, provechosamente es mudada en el cuerpo para que sea conocida, y una vez conocida sea enmendada. Porque las heridas del cuerpo se sienten más pronto que las del alma, y por esto los que andan equivocados mejor se corrigen con los azotes corporales.

684. La salud que al hombre lleva a desobedecer es dañosa. Y la enfermedad, que con la corrección de Dios quebranta la dureza del alma, es saludable.

685. La enfermedad del alma, es decir, el pecado, es perniciosa; de ella dice también el Apóstol: *¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?* (2 Cor. 11, 29). Y el mismo Apóstol prueba que es útil la enfermedad corporal diciendo: “*Cuando estoy débil, entonces soy más fuerte*” (2 Cor. 12-10).

CAPITULO IV

De la tolerancia del divino castigo.

686. El hombre pecador no debe murmurar en los castigos de Dios, porque sobre todo se enmienda porque es castigado. Y cada uno soporta más resignadamente lo que padece, si desentraña los pecados por los que recibe tan justa paga.

687. Quien sufre males aprenda a no murmurar, aunque desconozca por qué los padece. Y piensa que los padece justamente, puesto que son por juicio de Dios, cuyos juicios nunca son injustos. Quien padece castigos y murmura contra Dios, acusa al justo juez; pero quien, aunque ignore por qué sufre, reconoce que lo que padece lo sufre justamente del justo juez, ya por ello está justificado, pues él mismo se acusa y enaltece la justicia de Dios.

688. Cuando el justo en los días prósperos da a los hombres útiles ejemplos es preciso que otra vez se vea visitado de las tribulaciones hasta que su paciencia esté probada, a fin de que nuevamente tomen de él enseñanzas de fortaleza los que conocieron su templanza en la prosperidad.

689. Los que por insidias del enemigo sufren con pasiones del alma, no por ello se crean alejados de Cristo porque tales cosas pasan; antes bien piensen que son más recomendables a Dios por ellos, con tal empero que mientras las padecen, en vez de acusar a Dios, más bien le alaben.

690. Para gran provecho, por juicio divino, el alma del justo está agitada con diversas tentaciones de las pasiones; si de ellas diere gracias a Dios y se culpare a sí porque es merecedor de tales sufrimientos, lo que tolera de la pasión se le reputará virtud, puesto que reconoce la justicia de Dios y confiesa su culpa.

CAPITULO V

De las pruebas o tentaciones diabólicas

691. En esta vida, el alma del justo se ve agitada con numerosas pruebas de infortunios; de ahí que desee ser arrancada radicalmente de este mundo, a fin de carecer de miserias y encontrar allá una firme seguridad.

692. Existe gran diferencia entre las penas que padece el justo en su cuerpo y las que sufre en su espíritu por engaño del diablo. Ciertamente soporta con más dificultad las que deplora en su interior que aquellas que sufre externamente, porque éstas las evita o bien con el lugar o bien con el tiempo; aquéllas ni con el lugar ni con el tiempo puede evitarlas.

693. El diablo no tienta a los elegidos más de lo que permite la voluntad de Dios. Mas con la tentación ayuda al progreso de los santos.

694. Aun sin quererlo, ayuda el diablo a la perfección de los santos, siempre que no les venza con la tentación, sino que más bien los ejercite. Porque a veces el Espíritu Santo transforma las tentaciones que él promueve para la ruina de los hombres, con saludable utilidad, en ejercicio de virtudes.

695. Las asechanzas y engaños del diablo, aunque se difundan por todas partes buscando a quién devorar (1 Pe. 5, 8), con todo, no escapan al poder de Dios, a fin de que no perjudiquen tanto cuanto en su malicia desearían. Porque ¿cómo la virtud de los santos podría soportar tantas dificultades, si la providencia celeste no frenase la astucia diabólica con benigna moderación? Y, aunque el diablo desea siempre provocar en el justo la tentación, no obstante, si no recibe la autorización de Dios, no puede en modo alguno conseguir lo que pretende. De ahí que toda intención del diablo es injusta, y, sin embargo, por permisión divina, es justo todo su poder. Por propio impulso desea injustamente tentar a cualesquiera que sea, pero sólo Dios le permite justamente tentar a aquellos que han de ser tentados y del modo que deben serlo.

De ahí que en los libros de los Reyes se haya escrito también acerca del diablo que *turbaba a Saúl un mal espíritu mandado por el*

Señor (1 Sam. 16, 14). Sobre cuyo pasaje con razón se pregunta: *Si es del Señor, ¿por qué es malo?; y si es malo, ¿cómo es del Señor?* Es que con ambas palabras se ha expresado la justa permisión de Dios y la perversa intención del diablo, porque el espíritu es malo por su iniquísima voluntad y él mismo es del Señor por la muy justa permisión que ha recibido.

696. El diablo no es quien infunde el vicio, sino quien lo provoca, pues no aviva el incentivo de la concupiscencia sino allí donde antes ha comprobado existe el placer del mal pensamiento; placer que, si rechazamos de nosotros, infaliblemente aquél se retira confuso y al instante se quiebran los dardos de su concupiscencia: *Sus teas, despreciadas, yacen en tierra sin lumbre.*

697. Es preciso que el siervo de Dios comprenda y al propio tiempo evite las asechanzas del enemigo, y que sea tan sencillo en su inocencia, que le convenga, no obstante, ser prudente en medio de la sencillez. Quien no une la prudencia a la simplicidad, es, en frase del profeta, *paloma estúpida sin corazón* (Os. 7, 17). Paloma, porque es sencilla, pero no tiene corazón, porque desconoce la prudencia.

698. A menudo, el engaño de Satanás se pone de manifiesto a la inteligencia de los santos cuando bajo la apariencia de bondad, fingiéndose ángel de luz, es descubierto y despreciado mientras se esfuerza en seducir a los elegidos. Así, hace comprender Dios a los santos los términos de una falsa doctrina, de modo que descubran en su interior el fraude diabólico y lo eviten con solicitud.

699. La discreción de los santos debe ser tanta, que, como seres inteligentes, distingan entre el bien y el mal, para que el diablo no les engañe bajo la apariencia del bien. En esto se funda la pregunta de Josué cuando decía: *¿Eres de los nuestros o de los enemigos?* (Jos. 5, 13) Por esta misma causa se dice a Jeremías: *Si tú sabes distinguir lo precioso de lo vil, serás como mi boca* (Jer. 15, 19). Porque entonces los santos juzgan bien de sí mismos cuando Dios les da a conocer las falaces argucias de los demonios.

700. Muchos son engañados por el diablo y desconocen que lo han sido, como lo declara el testimonio del profeta Oseas: *Los extraños devoran su sustancia sin que él se dé cuenta* (Os. 7, 9). En efecto, los extraños simbolizan a los espíritus malignos, que destruyen las virtudes del alma; pero esto no lo comprenden los corazones negligentes.

701. Como enemigo indefenso es vencido el diablo cuando se empeña en corromper al hombre con un crimen manifiesto; mas en-

tonces se presenta armado cuando, bajo la apariencia de santidad y virtud, destruye lo que es santo y cuando la víctima del engaño no siente su desgracia, sino que busca y ama como virtudes lo que son vicios.

702. El diablo es terrible a los ojos de los hombres carnales, pero a los ojos de los elegidos el terror que inspira es despreciable. Los incrédulos le temen como a un león, los de fe robusta le desprecian como a un gusano, y tan pronto como se presenta, al instante le rechazan.

703. De ningún modo incurre en las asechanzas del diablo quien no admite las sugerencias de él. Porque, si se desprecian sus primeros estímulos, fácilmente se le rechaza en la acción consiguiente. El diablo es, en efecto, una serpiente escurridiza, que, si no combatimos en la cabeza, es decir, en la primera sugerición, penetra toda entera, al no darnos cuenta, en lo íntimo del corazón.

704. Los principios de las tentaciones diabólicas son endebles; pero, si no se atajan, antes bien, por la repetición de actos, se convierten en costumbre, a la postre se acrecientan poderosamente, de tal modo que nunca o con dificultad se vencen.

705. Si es cierto que el diablo desea que el hombre pequeño durante toda la vida, sin embargo, al final de ésta se esfuerza más en engañarlo. De aquí resulta cierto lo que al principio se dijo a la serpiente con respecto al primer hombre.: *Y tú le acecharás el calcañal* (Gén. 3, 15), porque es verdad que el diablo se apresta a poner asechanzas en los últimos momentos al hombre que en el decurso de la vida anterior no pudo engañar. Así, pues, aunque uno sea justo, nunca debe considerarse seguro en esta vida, antes debe estar siempre precavido con humildad y siempre temer con solicitud, no vaya a sucumbir al fin.

706. El diablo halaga a sus secuaces, mas a los siervos de Dios les acecha con pruebas diversas; sirva de ejemplo el Señor, que permitió le tentase el diablo después del bautismo (Mt. 4, 1).

707. A ningún santo lo retiene el diablo bajo su poder, sino que lo persigue con la tentación. Pues, ya que no reina interiormente en ellos, los combate desde el exterior. Y el que perdió el dominio del interior, promueve la guerra desde afuera.

708. Entonces el diablo se ensaña con más furor con aquel a quien posee bajo su dominio cuando conoce que va a ser expulsado de él por la virtud divina. De ahí que el espíritu inmundo sacudiera con más violencia al niño en que habitaba en el momento en que, por

mandato de Cristo, fue obligado a salir de él (Mc. 9, 20 y 26). Hecho que responde a las palabras de Job, donde a la postre Behemoth endereza su cola como un cedro.

709. El diablo acosa más con diversas tentaciones a quienes con sus enseñanzas pueden aprovechar a los demás, a fin de que, mientras ellos son obstaculizados, no adelanten los que deben ser instruidos por ellos.

710. Los espíritus malignos intentan sin tregua manchar de nuevo lo que en nuestra alma deseamos purificar. Mas los santos presienten sus asechanzas con ánimo previsor y, perseverantes, expían con santas obras todo cuanto conocen que hay en ellos de terreno, para ser hallados puros en su interior.

711. Los hombres son engañados actualmente mediante los mismos halagos con que lo fueron los primeros padres en el paraíso. Así, con los numerosos ardides del vicio, Satanás, explorando las mentes de los réprobos, las cautiva. Porque ora les engaña con promesas, ora les seduce con asuntos intrascendentes como si fuera necesario, ora les presenta incluso los mismos suplicios del infierno como leves y efímeros, hasta que corrompe el corazón de los infelices con la ambición y la lujuria y los arrastra consigo al tartar.

712. De tal suerte mantienen la mente aprisionada por todas partes los astutos razonamientos y los gérmenes de malos pensamientos que el diablo infunde en el ánimo de los hombres, que uno no puede salir sin peligro por allí por donde había intentado escapar; como en el caso de que uno jure realizar tal acción que, si la lleva a efecto, peca, y en caso contrario es reo de perjurio. Por ello, en un riesgo tan grande de pecar, con objeto de tener a mano la posibilidad de escapar, hay que elegir de antemano el mal menor para evitar el más grave.

713. Cuando el diablo busca engañar a alguien, primero estudia la naturaleza de cada cual y se apoya allí donde comprueba que el hombre está predispuesto al pecado.

714. El diablo tienta a los hombres por aquella parte por donde considera, teniendo en cuenta la índole que manifiestan, que fácilmente se inclinarán al vicio, de modo que, según la configuración de su carácter, usa de la tentación. Lee la historia de Balaam, quien, como figura del diablo, manda tender perniciosas asechanzas contra el pueblo de Dios por allí por donde supone que ellos han de sucumbir más fácilmente. Pues tampoco el que conduce el agua a un lugar la hace correr por un sitio distinto de aquel hacia donde conoce que va su impulso.

715. Nadie considere culpa lo que sufre por su propio temperamento; pero luche cuanto pueda contra esto que tiene que soportar, ya que, si uno cede a su temperamento, jamás resiste a la tentación o al vicio.

716. Al diablo se le llama Behemoth (Job. 40, 10-19) en las Sagradas Escrituras, esto es, bestia, porque, derribado del cielo cayó en tierra. Leviatán (Job. 40, 20 ss.), esto es, serpiente de las aguas, por cuanto con voluble astucia se desliza por el mar de este mundo. Se le llama, en cambio, ave (Job. 40, 24) porque, a causa de la soberbia, se eleva a las alturas. Y se le designa justamente con estos tres apelativos, ya que por su culpa mereció, como un ave, tener el aire por cárcel; la tierra, por ser animal inmundo, y es serpiente, para arrojarse con furiosa agitación por el mar de este mundo.

717. Así, pues, el diablo recibe los apelativos de aquello mismo que realiza a través de sus miembros, de tal modo que él toma su nombre de la acción que cada uno ejecuta a impulso suyo. Porque ¿a quién no engaña el diablo? Por eso es animal, esto es, provoca con la lujuria; por eso es serpiente, es decir, por la malicia de su ambición y nocividad. Mas a quien ni siquiera así engaña, le pone asechanzas; por eso es ave, a saber, por el pecado de la soberbia. Por todas partes prepara sus engaños hasta encontrar el modo de burlar al incauto.

718. Una cosa es que el diablo se introduzca en el alma de uno, y otra distinta que habite en ella. Porque entra en el corazón de los santos cuando insinúa sus malas sugerencias; pero no habita en ellos, puesto que no los incorpora a su círculo. En cambio, habita en aquellos que son de su partido, pues ellos constituyen su templo. Y, aunque el diablo se insinúe en el ánimo de los elegidos, con todo, no descansa en ellos, como lo hace en el corazón de los réprobos, ya que el fervor de la fe le obliga a salir de los elegidos.

719. Algunos a los que el diablo ya había devorado con avidez, de nuevo son arrancados de sus fauces, por la inefable bondad del divino juicio, y restituidos a la salud. Porque con frecuencia a muchos que el enemigo antiguo tenía inmersos en la vorágine de la lujuria, el poder de Dios los arrebata de las fauces de aquél mediante la penitencia.

720. ¿Cómo puede decir el profeta que la perdición de los buenos es el mapa preferido por el diablo, cuando en otro lugar se ha escrito de él: *Comerá heno como el buey* (Job. 40, 10), si no es porque a los ojos de Dios no son sino heno los que a juicio de los hombres

parecen ser manjar selecto? Por esta causa, los que sucumben del número de los buenos, para los hombres son elegidos, mas para Dios honro.

721. Se dice que el diablo ha tragado ya a quien, una vez consumado ya el crimen, parece haber devorado. Mas a quien no ha tragado de un modo perfecto, sino que lo muerde con el estímulo de la tentación para devorarlo, es como si todavía lo mascara en la mandíbula. De ahí que Pablo siente los incentivos de la carne para su humillación, pero sin haber consumado el pecado por donde se le pueda tragar (Cf. 2 Cor. 12, 7-9).

722. Fauces del diablo son sus palabras. Estas, a su vez, son las sugerencias ocultas, con las que aquél, hablando al corazón del hombre, le abrasa con pasiones ocultas.

723. Algunos, por crimen incorregible, puesto que no se enmiendan espontáneamente, son entregados a los espíritus inmundos para su tormento, a fin de que los demonios tengan el poder de arrebatarlos corporalmente, y ellos, angustiados por su terror, se humillen, se arrepientan y sean salvos, como lo dice el Apóstol al escribir a los corintios: *Entregad a ese tal a Satanás para perdición de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo* (I Cor. 5, 5). Porque es provechoso a algunos pecadores se les entregue corporalmente a Satanás, a fin de que por el castigo presente teman el juicio futuro y en adelante se guarden de pecar. Mas unos son entregados en poder de los demonios para su enmienda; otros, en cambio, rechazados ya, lo son para sola su ruina.

724. Con respecto al varón justo, el diablo nunca está ocioso, porque, o bien le acrecienta las atribulaciones del alma, o bien provoca dolores en el cuerpo. A esto alude lo que dice el Apóstol: *Se me dio una espina en mi carne, emisario de Satanás, que me abofetea* (2 Cor. 12, 7).

725. Muchas veces la violencia de los demonios tortura el alma del justo con diversos sufrimientos dolorosos, por lo que a veces les oprimen hasta la angustia de la desesperación. Mas para el alma que persevera en el amor de Dios, una tal angustia contribuye a su mérito, ya que cualquier adversidad que, por instigación de los espíritus inmundos, sufre el justo en su alma o en su cuerpo, la soporta por permisión de Dios. Y, si esta misma prueba la refiere con humildad a gloria de Dios y dice lo propio que Job en su dolor corporal: *si recibimos del Señor los bienes, ¿por qué no hemos de recibir los*

males? (2, 10), este tal no se aparta de Dios, sino que se une a el, sea cual fuere la cruel angustia que le atormenta.

726. Muchas adversidades sufre el justo en su alma por instigación de los demonios; mas por tales pruebas no puede perecer en la vida eterna, porque el Señor en su piedad no considera culpa digna de condenación lo que, por consentimiento de su majestad, soporta contrariado quien lo padece. Entonces ciertamente pecamos cuando nos extraviamos por la pasión o por la voluntad. En cambio, cuando cedemos por la violencia, aunque no haya crimen ni infamia, existe miseria en lugar de crimen e infamia. Mas quien alaba a Dios por la desgracia que le infligió, no hay duda que está libre de haber cometido el crimen.

CAPITULO VI

De las tentaciones de los sueños

727. A menudo, los demonios, cuando se presentan por la noche, turban los sentidos del hombre con imaginaciones para hacerlos miedosos y pusilánimes. También algunas veces agitan el ánimo del converso durante el sueño con la desesperación, a causa de sus pecados, y le amenazan con los horribles suplicios del infierno. Pero otras veces, lanzándose con descaro al ataque, azotan los cuerpos humanos; prueba que, por permisión divina, se convierte en castigo para los malos, y para los buenos, en premio de su paciencia.

728. Con frecuencia, los espíritus inmundos a aquellos que ven están entregados al amor del siglo les engañan con una vana esperanza de felicidad mientras duermen. A otros, empero, de quienes presenten que temen alguna adversidad, les impresionan con vano temor durante el sueño. Y así, acechando con diversos engaños los ánimos de los infelices, ora les halagan con falsa prosperidad, ora les aterran con infundado temor.

729. Quienes no son conscientes de ninguno o de muy pocos delitos, jamás o pocas veces son molestados con espectros nocturnos, antes, descansando con plácido sueño, incluso descubren y ven de vez en cuando ciertas imágenes ocultas y místicas. En cambio, quienes mancillaron sus almas con delitos más graves, ofuscados por el temor de su conciencia, contemplan horribles figuras, pues una imagen en-

gañosa burla las mentes de los desgraciados con diversas representaciones, fatigando en sueños a los que sedujo en su vida estando despiertos, de modo que no les permita jamás descansar tranquilos.

730. A veces, los espíritus inmundos se esfuerzan en atemorizar incluso las mentes de los elegidos con las horribles imágenes de los sueños, y atacan con violencia cuando duermen a los que tientan en vigilia con los vicios y no los pueden vencer.

731. Mas los santos, aunque de momento se impresionen con tales visiones, luego, vigilando sin cesar, desprecian la vanidad del engaño, y al punto dirigen su intención a Dios.

732. Diversas son las especies de los sueños. Unos sobrevienen por hartura o por falta de alimento, como por experiencia es bien sabido; pero otros son fruto de los propios pensamientos, dado que a menudo reconocemos de noche lo que durante el día pensamos.

733. Con todo, algunas visiones se producen por engaño de los espíritus inmundos, según demuestra Salomón: *A muchos extraviaron los sueños* (Ecol. 34, 7) y las ilusiones vanas. Otras, en cambio, se originan por justo motivo, esto es, por causa del misterio de la revelación celeste, como en la ley se lee acerca de José, el hijo de Jacob, a quien en la visión del sueño se le predice que ha de ser antepuesto a los hermanos (Gén. 37, 5 ss.). O como (se lee) en el Evangelio de José, el esposo de María, a quien se advierte en sueños que huya con el Niño a Egipto (Mt. 2, 13). A veces sobrevienen también visiones mixtas, es decir, de pensamiento y de ilusión a un tiempo, y, asimismo, de pensamiento y revelación, como afirma Daniel: *En tu lecho, joh rey!, te vinieron pensamientos de lo que vendrá después de este tiempo, y el que revela los secretos te dio a conocer lo que sucederá* (2, 29). Porque muchas veces se nos muestran mientras dormimos, por un cierto arroabamiento de la mente, aquellas cosas a las que aplicamos la atención de nuestro pensamiento.

734. Por más que algunos sueños sean veraces, no es conveniente darles crédito con facilidad, pues se originan de diversas clases de representaciones, y rara vez examinamos la causa que los motiva. Así, pues, no hay que depositar la confianza en los sueños a la ligera, no sea que Satanás, transfigurándose en ángel de luz, engañe al incauto, sea quien fuere, embaucándole con cualquier fraude ilusorio.

735. A veces, los demonios acechan con falaz astucia a algunos hombres indiscretos, y les engañan de tal suerte, que ciertos sueños se cumplen del mismo modo que se manifiestan. Pues con objeto de

engaños en muchas cosas, de vez en cuando presagian la verdad. Mas, aunque así suceda, hay que desdeñarlos, no sea que provengan de la ilusión, teniendo presente el testimonio de la Escritura, que dice: *Si os lo anunciaren y así sucediera no lo creáis* (Mt. 24, 23).

736. Los sueños son semejantes a los augurios, y a quienes les hacen caso se les llama agoreros. No son verdaderos los sueños que el ánimo se forja discurriendo día y noche, porque a veces el alma misma inventa los sueños.

737. A menudo, cuando traemos a nuestra consideración la triste memoria de los antiguos delitos, al recordar a éstos imaginamos sufrir por su causa en nosotros mismos el castigo del infierno. Tales imaginaciones, que tanto por los pecados anteriores cometidos como por el recuerdo futuro sobrevienen a los que están despiertos, no sólo se presentan en las visiones de los sueños, sino que perturban también los pensamientos del alma, pues con el solo poder de la memoria se llevan a efecto ambas cosas ya estemos en vigilia, ya en el sueño.

738. En efecto, una tal commoción del ánimo nos agita aun en el descanso con horrible pavor, y con la imaginación de la mente contemplamos incluso en sueños cuán graves son las acciones cometidas y cuán penoso el castigo que tememos.

739. No hay pecado cuando sin querer somos burlados con imaginaciones nocturnas; mas entonces hay pecado si, antes de ser burlados, nos predisponemos acariciando el mal pensamiento. Las imágenes de actos de lujuria que en realidad cometimos, se presentan a menudo a nuestro espíritu cuando dormimos, pero no causan perjuicio alguno si nos asaltan sin desecharlas.

740. Quien a causa de ilusiones nocturnas sufre la polución, aun cuando se dé cuenta que se ha mancillado sin provocar el recuerdo de torpes pensamientos, atribuya, con todo, a culpa suya el ser tentado y al instante lave con lágrimas su impureza.

CAPITULO VII

De la oración

741. Este es el remedio para el que es asediado por el incentivo de los vicios: aplicarse a la oración cuantas veces le asalta algún vicio, ya que la oración frecuente neutraliza el ataque de éstos.

742. Conviene aplicar nuestro ánimo a la oración y la súplica con tal perseverancia, que lleguemos a superar con firmísima voluntad las molestas sugerencias de los deseos carnales que se insinúan a través de los sentidos, e insistir todo el tiempo hasta que las venzamos con nuestra tenacidad, ya que una súplica negligente ni siquiera logra conseguir de los hombres lo que desea.

743. Cuando uno ora, invoca la asistencia del Espíritu Santo. Mas tan pronto como El llega, al punto se desvanecen las tentaciones de los demonios que asaltan el alma humana al no poder soportar la presencia de Aquél.

744. Orar es propio del corazón, no de los labios, pues Dios no atiende a las palabras del que suplica, sino mira al corazón del que ora. Pero si el corazón ora en secreto y la voz se calla, aunque (la plegaria) se oculte a los hombres, no puede ocultarse a Dios, que está presente en la conciencia. Efectivamente, es preferible orar interiormente en silencio, sin sonido de palabras, que con solas las palabras, sin aplicación de la mente.

745. Nunca se ha de orar sin lágrimas, pues el recuerdo de los pecados engendra aflicción; mientras oramos recordamos las culpas, y entonces nos reconocemos más culpables. Así, pues, cuando comparemos ante Dios, debemos gemir y llorar al acordarnos cuán graves son los crímenes que cometimos y cuán terribles los suplicios del infierno que tememos.

746. El alma, cual se presenta en la oración, así debe mantenerse después de ella. Porque de nada aprovecha la oración si reiteradamente se comete el pecado del que nuevamente se pide perdón. Aquel, sin duda, percibe el fruto que espera de la plegaria que no reitera con sus faltas lo que pide se les perdone en la oración.

747. Nuestra alma es celestial, y entonces contempla rectamente a Dios en la oración cuando no está embarazada por ninguna preocupación o extravío terreno. En su propio ambiente está dispuesta para el bien, en otro distinto se turba.

748. Es pura la oración cuya práctica no impiden los cuidados del siglo, mas está lejos de Dios el ánimo que durante la oración se halla distraído con pensamientos terrenos. Entonces, pues, oramos sinceramente cuando no pensamos en otra cosa. Pero son muy pocos los que practican tal clase de oración. Y, aunque se da en algunos, es difícil, no obstante, que siempre sea así.

749. El alma que antes de la oración, alejada de Dios, se entre-